

EL RESCATE DE *BIBLOS* QUE PROYECTÓ LUIS MARIO

Una vez le comenté a Fernando Curiel que hallamos por el camino distintos tipos de amigos. Los que son muy generosos y nos mantienen en deuda, como el propio Fernando, los que nos deben favores, los que quedamos pares, los que permanecemos unidos simple o maravillosamente gracias a cosas compartidas, al mero deseo de seguir juntos o por motivos que ahora no vale enumerar. Luis Mario Schneider fue uno de los primeros. Muchos saben el cariño que le tuve. Lo he dicho de forma oral y escrita; sin embargo, él fomentó mejor la relación con una presencia espaciada y, sin embargo, permanente. Llevaba consigo algo de fiesta, de alegría y contento. Me hablaba de vez en cuando para comentar noticias siempre agradables, dispuesto al saludo o incluyéndome en diversos planes. Un día me dijo: –Te he publicado tantos textos que deberías dedicarme un cuento. Esa misma tarde le dediqué “Una mujer altruista”, integrado a mi *Alta costura*.

La última vez que conversamos, días antes de su muerte, lo encontré devastado por la enfermedad y por una larga permanencia en el sanatorio, pero, como sucede al tropezarnos con el destino, no intuí que sería nuestra entrevista final. De cualquier manera le pregunté: –¿Qué puedo hacer por ti?– Todavía nada, Beatriz –repuso. Y ese todavía revoloteó mi pensamiento durante toda la carretera de Malinalco a El Contadero como cuervo que presagia tormentas parado en el cable de la luz.

Quiero pues, a manera de modesto homenaje, hablar de una empresa suya que ya no vio culminada: la impresionante y costosa edición de la revista *Biblos*. Lleva un estudio preliminar y explicativo con su firma, y las demoradas colaboraciones, índices y registros de Guadalupe Curiel y Miguel Ángel Castro. A Luis Mario le encantaba abrir postigos y puertas, incitar a los más jóvenes, entusiasmarlos con labores de rescate. Tenía olfato fino para encontrar la veta fulgurante en la oscuridad, él que andaba entre papeles olvidados.

Aurora Cano Andaluz asienta el valor que tuvo *Biblos*, boletín semanal informativo, para la Biblioteca Nacional con ahora 167 años a cuestas, vieja institución que ha padecido vicisitudes igual

de penacho altivo, a la literatura colonialista, a los buenos modales y al matrimonio; figura en las letras mexicanas como Francisco Monterde. Sabe Dios qué complicaciones psicológicas lo hayan llevado a esconder su apellido paterno tras una M. Quizá tiene la clave un cuento suyo donde habla de su madre con adoración, comenta apuros económicos de una viuda entregada a su hijo único, enfrentándose al mundo con el consabido recurso del Monte Pío. En silencioso desfile desaparecían pendientes, broches de brillantes, piano de cola, cortinajes pesados, sillones y mesitas; pero a pesar de esas pérdidas dolorosas, Francisco Monterde y García Icazbalceta se ganaba el tratamiento señorial de *don*, que antecedido a su nombre, le dimos respetuosamente cuantos lo tratamos.

Flaquito, de nariz picuda, saludando cortés a un lado y otro, caminaba hacia los salones de la Escuela de Letras, hacia la pequeña salita del Centro Mexicano de Escritores donde asesoraba becarios, hacia su sillón de honor presidiendo la Academia Mexicana de la Lengua. Conocía el español admirablemente, regalaba buenos consejos, acogía a quienes lo visitábamos en su casa. Emitía notas en tono menor. Habitaba una construcción pequeña de la colonia Roma con jardincito bien podado rodeándola. Presumía, y don Francisco casi no presumía de nada, las encuadernaciones preciosas repujadas con oro y plata que su esposa diseñaba para cada una de sus colecciones de cuentos, prosas breves, piezas dramáticas. Eran regalos de amor correspondido, artesanías anónimas y maestras del género. En muchas ocasiones vi a don Francisco llevando a su esposa del brazo, orgulloso de la belleza que ella conservó hasta la madurez, paleando los contratiempos de la rutina doméstica los sábados a la salida del teatro con meriendas en el Café Tacuba que completaban la noche.

Como la mayoría de los hombres pobres y honrados, trabajó mucho y benefició a muchos. Lo prueba su *Biblos*. Abarcaba la recepción nacional e internacional de obras y revistas aparecidas en décadas iniciales del siglo XX. Tenía ciertos afanes vanguardistas, refiriéndose principalmente a Francia y Norteamérica. Procuraba ser multitemático; pero, claro, ¿cómo olvidarse de exlibris, pseudónimos y anagramas relacionados con su rancia aristocracia libresca, con sus ancestros y con su tío Genaro, cuya biblioteca es base del acervo que guarda la Universidad de Texas en Austin? Había además cupo para los ensayos por entregas, si su tamaño lo requería, de distinto tenor, acordes al inmenso laberinto de volúmenes y anaqueles del ámbito donde *Biblos* se hacía.

Resulta apabullante el índice general de esta edición planeada por Luis Mario bajo el sello de la Universidad Nacional Autónoma de México. Invaluable para bibliófilos y estudiosos, *Biblos* nos vuelve humildes, nos constata que vinimos de largas y fuertes tradiciones y que nuestros esfuerzos son únicamente un eslaboncito de una cadena inmensa, un

que otras venerables instituciones de nuestra historia patria. La revista apareció el 18 de enero de 1919 bajo la presidencia de Venustiano Carranza. La dirigía un médico homeópata llamado Agustín García Figueroa. Decidió fundarla titulándola primero *Biblos*, concebida como parte de sus funciones de director, y proponiéndose contribuir al fomento cultural. Se hicieron 213 impresos en 957 páginas, interrumpidos brevemente y reanudados hasta el 4 de noviembre de 1922, aunque los recursos escasearon y porque en México los proyectos duran poco. Se hacían cuatro páginas de medio tabloide y numeración corrida, distribuidas gratuitamente. Su redactor fue Francisco M. García, afecto a los ordenamientos, a Moctezuma el



suceder de nombres que brillaron fugazmente, ocasionalmente, y luego se extinguieron en el firmamento literario. Lo más interesante y útil para mi gusto son las biografías finales anteceditas de índice onomástico. Las feministas encontrarán un motivo más para asegurar que en la pléyade masculina figuraban mujeres, extrañas mujeres mexicanas y extranjeras empeñadas en seguir el consejo de sor Juana, poner bellezas en el entendimiento y no el entendimiento en las bellezas. María Enriqueta Camarillo Roa de Pereyra, la escritora nacional más famosa por aquellos años, Frances Erskine Inglis, mejor conocida como la Marquesa Calderón de la Barca, Teresa Farías de Isassi, Hermila Galindo, Juana Manrique de Lara, Laura Méndez de Cuenca, Carmen Mondragón, María Moreno, Emilia Pardo Bazán, María Luisa Ross —con quien Monterde jugaba tenis en el Deportivo Chapultepec y a quien dedica una ficha de gran figura— Kate Stephens, Esperanza Velázquez Bringas, Catalina Xuárez Marcaida y alguna que se me escapa porque no pretendo investigaciones exhaustivas.

Y ayuda a establecer comparaciones entre lo que era y lo que es. Los cambios de gusto, la desaparición de innumerables autores y la supervivencia de los elegidos. Por ejemplo, Ramón López Velarde o Enrique Fernández Ledesma, que debido a méritos propios y el apego de sus investigadores ocupan la galería de clásicos. Autores como Dr. Atl, que sobre-

vive en sus volcanes metafísicos con un aliento mayor que el de sus cuentos; como José Vasconcelos, que redactó luego sus memorias y es convocado aquí en calidad de reformador educativo y de filósofo representante del Ateneo de la Juventud; como Jaime Torres Bodet o Salvador Novo que nos miran desde sus antes inconseguibles, enternecedores retratos veinteañeros, al principio de su carrera, cuando luchaban por figurar y todavía no imaginaban siquiera sus mejores poemas ni sus brillantes estudios o crónicas. Y a cambio, tantas figuras casi olvidadas y, sin embargo, importantes en nuestra historia cultural.

Biblos demuestra una vez más que Luis Mario trabajó sin descanso por la literatura mexicana desde una serie de frentes, invita a creer que tenía algo de ubicuo para abarcar tan vasto panorama. Y, paradójicamente, se dio mañas y no fue un ratón de biblioteca, sino hombre ávido, dispuesto a entusiasmarse hasta el delirio con múltiples descubrimientos motivo de estudio o con el sinfín de tentaciones que le salían al paso. Siempre lo recordaré, junto con Elisa García Barragán, en un caluroso circo de Campeche. Fuimos llevando a mi incrédulo hijo Francisco, todavía niño. No cerraba la boca y desde entonces se aficionó a los fenómenos y las acrobacias y a Luis Mario. Recordaré a mi amigo con su infatigable cigarro, su acento agauchado y su inteligente humorismo de quien sabe que permanecemos en este mundo sólo un rato. LC